



LA TRAMA NERI

Guillermo García Prieto

LA TRAMA NERI



Primera edición: octubre de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Guillermo García Prieto

ISBN: 978-84-10400-58-0

ISBN digital: 978-84-10400-59-7

Depósito legal: M-21791-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Amaia, Igor y Oihana.
In memoriam Luis Augusto Maldonado*

Lo que te sucede en esta vida,
es siempre lo mejor que te puede pasar

ANÓNIMO

CAPÍTULO PRIMERO:

LA CARTA

Las malas noticias corren a la velocidad de la luz; las buenas, apenas se mueven.

Cuando Isabel llegó a su domicilio, era poco más de la una del mediodía. Tras abrir la puerta, Casta, la mujer encargada de las tareas del hogar, fue rápidamente a su encuentro.

—¡Señora! —sosteniendo en una de sus manos un sobre—, lo ha traído el cartero hace un rato. ¡Viene de América! —añadió, nerviosa, mientras se la entregaba.

Isabel miró el sobre con curiosidad, ajena al nerviosismo de la criada. Sin prestarle mucha atención, leyó que el destinatario era su esposo. A continuación, el nombre de Beltrán, el de la provincia y, en la parte inferior derecha, la palabra *España*. En el reverso de la carta, aparecía escrito, con esmerada caligrafía rasgada, el remitente: don Reinaldo Sanguinetti Pazienza, doctor en abogacía, con domicilio en la calle de Francisca Fanconi n.º 2, ciudad de Buenos Aires (Argentina).

—Casta, ¿ha llamado el señor? —la interpeló, sin apartar la mirada del sobre.

—No, señora —confirmó, dándose la vuelta en dirección a la cocina.

Al quedarse sola, Isabel volvió a leer el reverso del sobre. Trató de recordar si su esposo alguna vez le había mencionado el nombre del abogado. Pero se dio por vencida. Un nombre como *ese* lo recordaría si su marido lo hubiera mencionado en algún momento.

De pronto, sin razón aparente, una sensación de inquietud y malestar la asaltó. Con recelo, volvió a examinar el sobre, un poco más grande que los utilizados en el correo habitual. Tenía un diseño apaisado, y era de color blanco, con un ribete en todo el perímetro del anverso, en los colores azul y rojo, alternándose.

Una tenue sospecha invadió a Isabel, intuyendo que la carta no portaba buenas noticias. A punto estuvo de abrir el sobre y leer su contenido, pero se contuvo. Multitud de conjeturas se agolparon en su mente de manera caótica. Se preguntó qué motivo podría tener un abogado argentino para escribirle a su esposo. Recordó que este, desde su regreso a Beltrán, hacía quince años, nunca había tenido ninguna relación con ese país sudamericano, al menos que ella supiera.

Al no poder averiguar nada en ese momento, Isabel dejó el sobre encima de la repisa del mueble de la entrada, junto a la cestita donde solían dejar las llaves. Sin embargo, mientras caminaba hacia el salón, se detuvo repentinamente. Sintiendo una inexplicable inquietud, se dio la vuelta y tomó el sobre, guardándolo en un bolsillo de su chaqueta.

Continuó hasta el salón, en ese momento en penumbra, al igual que el resto de la vivienda, con el objetivo de evitar que el calor del tórrido verano de 1942, se colara dentro de la casa como un ladrón.

Isabel miró la hora en un antiguo reloj de pie, Rememorando el pasado, recordó que el imponente reloj fue un regalo de

su marido durante el viaje de novios a Nápoles, Italia. El motivo de elegir la capital de la región de Campania, fue para visitar el pequeño y bello pueblo de Bacoli, cercano a Nápoles, donde nació su socio argentino Máximo Neri. A pesar de las gestiones realizadas en la localidad, nadie pudo darles señas de la familia Neri. Sin embargo, a punto de regresar a Nápoles, ya montados en el coche alquilado, un hombre mayor, enjuto, de piel rugosa y mirada huidiza, se acercó al vehículo y los saludó con una ligera sonrisa, mientras llevaba las yemas de los dedos de su mano derecha a su sombrero, negro como su piel. musitó:

—*Per favore vai e non tornare.*

Isabel giró la cabeza en dirección a su marido. pidiéndole que le tradujera lo dicho por el hombre. César se limitó a contestar al desconocido con un simple *Grazie*, acompañado de un leve asentimiento de cabeza. A continuación, César encendió el motor, puso la primera velocidad, y abandonaron el pueblo en dirección a Nápoles.

Si su marido cumplía con la promesa de estar de vuelta de la capital de la provincia antes de las dos de la tarde, pronto se enteraría del contenido de la carta. Así que, decidió sentarse en uno de los butacones del salón y esperar.

El repiqueteo del timbre de la puerta de la calle, rescató a Isabel de sus pensamientos, sobresaltándola. Enfocando su atención en la puerta del salón, prestó atención a los pasos apresurados de Casta, sobre el largo y alfombrado pasillo de la casa hasta la puerta principal. También pudo oír claramente a su marido, saludar la criada, para, a continuación, preguntar por la señora. Casta le informó que doña Isabel se encontraba en el salón.

César se dirigió rápidamente a la amplia habitación. Nada más entrar, halló a su mujer sentada en un butacón. Al llegar a su lado, estampó un cálido beso en la mejilla sonrosada de su esposa, sintiéndola fría y húmeda. Presintiendo qué algo anómalo había ocurrido durante su ausencia, la miró directamente a los ojos. César se inquietó, preguntando por su hijo; Isabel le respondió que el chico se encontraba en su habitación, esperando a ser llamado para la comida. Semejante respuesta tranquilizó al hombre. Quiso preguntar más, pero sus palabras quedaron atrapadas en la garganta al ver a su mujer entregándole un sobre. Tomándolo, César leyó el anverso y el reverso del mismo. Isabel escudriñaba el rostro de su marido en busca de algún gesto revelador que pudiera indicar la identidad del remitente y el contenido de la carta. Pero en ambos casos, no fue así. César se mostró indiferente, ajeno al desasosiego de su esposa.

—¿Qué tenemos para comer hoy? —preguntó César, mientras introducía el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta—. El viaje me ha abierto el apetito —agregó con toda naturalidad.

Isabel miró sorprendida a su marido. Como si no hubiera escuchado las palabras de su esposo, lo interpeló:

—¿No vas a abrir el sobre?

—No —disintió despreocupadamente—. Después, cuando terminemos de comer, mientras tomamos café.

Durante la comida, ella apenas habló, limitándose a escuchar a su marido. Este le narró lo que había sucedido durante la mañana, pasando la mayor parte de esta en el vetusto edificio de Gobernación, esperando a ser recibido por el gobernador militar.

Conociendo el motivo de la reunión, ella le preguntó si le concederían la contrata solicitada. César le contestó que sí, pues así se lo había prometido el gobernador. «Pero

conociendo a los militares, convertidos en políticos, lo mejor era no fiarse de ellos», sentenció. Pese a mostrar interés en la conversación, Isabel tenía el pensamiento en el bolsillo interior de la chaqueta de su esposo.

Finalizada la comida, el hijo se despidió de sus padres, manifestando que volvía a su habitación para seguir estudiando, pues estaba en época de exámenes finales.

Casta dejó la bandeja con el servicio de café sobre la mesa camilla de la salita de estar. Al quedarse solos, César extrajo el sobre. Ayudándose de un abrecartas, abrió una mínima brecha en la parte lateral derecha. La afilada hoja de acero fue desgarrando el papel, limpiamente, hasta dejar la abertura lo suficientemente amplia para extraer lo que hubiera dentro del sobre. Tras abrirlo, César comprobó que solo había un folio, doblado en dos mitades.

Con parsimonia, lo desplegó. Durante los dos minutos siguientes se centró en leer mentalmente el documento, escrito a máquina. Mientras tanto, Isabel no dejaba de examinar el rostro de su marido. Se dio cuenta, a cada segundo que pasaba, de que las facciones del hombre iban demudándose. Cuando finalizó la lectura, César le entregó la carta a su mujer. Isabel la tomó nerviosa, casi con miedo.

—¡Por favor, léela en voz alta! —le rogó.

Isabel se fijó en el membrete, escrito con letras doradas, ubicado en la parte superior izquierda del folio, cuyo nombre correspondía con el que estaba escrito en el remite del sobre, y un número de teléfono. Tosió un par de veces y, con voz grave, comenzó a leer en voz alta.

Estimado señor, don César Iriarte:

Mi nombre es Reinaldo Sanguinetti. Durante años fui el amigo, el confidente y el abogado de don Máximo Neri. Tengo la dolorosa

misión de comunicarle que hace un mes, don Máximo, viudo desde hacía bastante tiempo, falleció tras una larga enfermedad. Unos años antes, perdió a su hijo y la mujer de este en un lamentable accidente, al zozobrar la barca de recreo en la que navegaban, por la zona que conocemos como Río de la Plata. La próxima Navidad se cumplirán tres años del doble óbito.

Solo el hijo de aquellos, y, por tanto, nieto de don Máximo, pudo salvarse de semejante desgracia. Hace unos seis meses, don Máximo se presentó en mi estudio. Manifestó su intención, al no tener más familia, de dejar solucionado la cuestión personal de su nieto. Me ordenó que, a su fallecimiento, y no antes, nos pusiéramos en contacto con vos para comunicarle que debía adoptar al niño.

Este escrito es para darle cuenta de la disposición de don Máximo. Le ruego nos envíe un cablegrama, indicando cuál es su contestación a lo anterior. En el caso de aceptación del mandato, le suplicaría que cruzase el océano, Una vez acá, cumplidas las formalidades legales de la adopción, pueda regresar a España con el nieto de don Máximo, de nombre Mario, y de ocho años de edad.

Sin otro particular, me pongo a su disposición, expresándole mis más sentidas condolencias por tan sensible pérdida.

REINALDO SANGUINETTI PAZIENZA

Isabel colocó el folio sobre su regazo y miró suplicante a su esposo, esperando una respuesta. César mantenía la mirada perdida entre las ondulaciones de los visillos que cubrían el marco de la ventana de la estancia. Intentó decir algo, pero no logró pronunciar ni una palabra. El contenido de la carta parecía haberlo dejado sin habla, en un estado de aturdimiento. Isabel, recordando los sombríos presagios, nada más enterarse de la existencia de la carta, supo que sus temores se

habían cumplido. Superado el momento de sofoco repentino, se atrevió a preguntarle a su marido.

—César, ¿me puedes explicar qué significa todo esto? —apuntándolo con la carta, como si fuera una daga.

César se levantó de la silla. De una mesa supletoria tomó la botella de brandy, sirviéndose una buena cantidad en una copa de cristal fino. Se sentó de nuevo, casi dejándose caer, y comenzó a hablar, sin atreverse a mirar la cara de su esposa. Con la vista puesta en la copa, que sostenía con ambas manos, comenzó a hablar de forma pausada, tratando de arrojar al exterior las palabras, que parecían negarse a salir de su boca.

—Tú sabes que nunca quise hablar de mi estancia en Argentina. Al regresar a España, cerré la etapa de mi vida pasada allí. Con ello, pasaba página a una época que siempre traté de olvidar, creyendo haberlo conseguido, tras el transcurso de tantos años. Pero por lo que veo, no ha sido así. La llegada de esta carta, ha descerrajado lo que yo creía haber encerrado para siempre.

Se levantó del sillón. De la mesa, donde se encontraba la bandeja con el servicio del café, tomó el paquete de tabaco y extrajo un cigarrillo. Antes de prenderle fuego, extendió la mano en dirección a su mujer, ofreciéndole uno. Esta se limitó a negar con la cabeza. Tras encender el pitillo, y dar una profunda calada, se sentó de nuevo en el sillón. César miró directamente a la cara de su esposa. La mirada inquisitiva de esta, rogándole una respuesta más concreta, obligó a César a sincerarse con ella, de una vez por todas, revelándole su pasado en Argentina.

—Cuando llevaba un par de años allá, tuve la suerte de asociarme con un italiano, un «tano» como allá los llaman a los emigrantes italianos; su nombre era Máximo Neri, el mismo

que se menciona en la carta que acabas de leer. Si recuerdas, en nuestro viaje a Italia, fuimos a un pueblo cercano a Nápoles, en busca de sus ancestros...

—Sí, pese a los años transcurridos, lo recuerdo perfectamente. Pero nunca pensé... Todo lo más, que era un amigo, un conocido...

—Isabel, Máximo fue mucho más que eso. Era mi «padre», mi socio, la persona que me ayudó a salir adelante...

César tomó la copa. Llevándosela a los labios, dio un sorbo. Isabel le pidió disculpas por la interrupción. Con un: «Por favor, continúa», lo animó a que César siguiera hablando.

—Ambos pretendíamos conseguir dinero: fácil y rápido, y, en la mayoría de los casos, en negocios en los que uno podía jugarse la vida. Claro que no éramos los únicos... Existían otras... bandas: ¡la competencia!

»—Una noche teníamos que recoger un pedido en las afueras de Buenos Aires, pero no pudimos hacerlo. Los *turcos*, nuestros rivales más directos, quisieron llevarse el cargamento, nuestro cargamento, de balde, tendiéndonos una emboscada. Hubo un tiroteo. Una de las balas impactó en mi pecho. Sabiendo que me moría, comencé a rezar; y aquel lugar oscuro, en mitad de la nada, únicamente iluminado por las luces de los faros de los coches, el testigo mudo y cruel de mi final. Máximo, al verme, dio un grito desgarrador. A rastras, me llevó hasta uno de nuestros vehículos; nada más acomodarme en el asiento trasero, encendió el motor y salió raudo en busca de un médico que pudiera salvarme la vida.

César se levantó de la silla. Tomó la botella de brandy y se sirvió una buena cantidad en la copa. Tras dar un par de sorbos, continuó:

—Antes de recorrer unos pocos de metros, una bala atravesó el cristal de una de las ventanillas del automóvil, rozando el brazo izquierdo de Max. Pese a ello, siguió conduciendo en busca de mi salvación. Entramos de nuevo en la ciudad, atravesando calles y avenidas. El lugar de destino resultó ser la casa de un médico, situada en un pueblo cercano a Buenos Aires.

—¿Y por qué no acudisteis a un hospital? —sugirió la mujer expectante.

—Isabel, ¡no podíamos acudir a ningún hospital! A los cinco minutos de traspasar la puerta de cualquiera de ellos, él, con una herida de bala en el brazo, y yo, a punto de reventar, la policía, o la cana, como allá le dicen, nos hubiera detenido a los dos.

Durante unos pocos segundos, ninguno de los dos dijo nada. Ella aprovechó tan corto espacio de tiempo para restregarse los ojos con el dorso de una mano, tratando de ahuyentar las lágrimas, empecinadas en inundar la piel sonrosada de su cara.

César la miró de soslayo, con temor. Contemplando a su mujer, a punto de romper a sollozar, trató desesperadamente de localizar una palabra de consuelo, sin conseguirlo. Estuvo en un tris de cortar la confesión, de mentirle, de edulcorar la historia, pero no lo hizo. Había tenido la valentía de contar a su mujer lo sucedido en Argentina, y el dolor y las lágrimas de esta, no iban a impedir que se detuviera hasta el final.

La carta del abogado argentino, finalmente, le brindaba la oportunidad de arrojar al abismo del pasado todos los demonios que habían corroído sus entrañas durante años. Necesitaba romper las cadenas que lo ataban. Anhelaba sentirse libre, purificado. Las fechorías que había cometido, eran numerosas, algunas inconfesables y otras imperdonables.

En alguna ocasión se le pasó por la mente acudir a un sacerdote, para confesar sus pecados, esperando la absolución de todos ellos con el perdón divino. Pero nunca se sintió con fuerzas para desnudarse ante un extraño. Creía firmemente que la penitencia impuesta por otro hombre, un simple mediador, el «puente» entre Dios y los hombres, no era garantía para que sus actos fueran borrados, aniquilados, como si nunca hubieran sucedido.

—Al llegar al lugar de destino, me sacó del automóvil y me llevó hasta el porche de una vivienda. Con el cañón de la pistola, que sujetaba con la mano derecha, ya que, con la otra, como consecuencia de la herida, no podía ni sostener ni el aire, golpeó repetidas veces la puerta de madera de la casa. Pasados unos minutos, las luces interiores de la vivienda se encendieron, escuchándose con claridad el ruido de pasos apresurados bajando la escalera. Al abrirse la puerta, Max dio un empujón a esta, y como consecuencia de ello, la persona que nos abrió, que resultó ser el médico, cayó de espaldas sobre el suelo del vestíbulo. Se levantó rápidamente. amenazante, manifestando su intención de llamar a la policía. Dándose la vuelta, ignorando nuestra presencia, se dirigió a un aparato telefónico, colgado de una de las paredes de la misma entrada. Nada más apoyar la mano sobre el auricular, Max le colocó la boca del cañón en la sien del hombre y le gritó:

»—¡¡Boludo, si descolgás el aparato, sos fiambre!!

—¿Y qué hizo el médico? —preguntó ella, sin poder contenerse.

—Soltó la mano del auricular, como si ardiera. En ese momento escuchamos la voz de una mujer que, desde lo alto de la escalera, le chilló: «¡Miguel, haz lo que ese hombre te ordena!! ¡¡Pensá en tu hijo!!». Mientras, un niño de unos cinco

años de edad no paraba de llorar, agarrado a las faldas de la mujer.

—¿Y cómo reaccionó él...?

—Le pidió a mi socio que lo ayudara a llevarme hasta el comedor de la casa. Me tumbaron encima de la mesa principal. Con suma tranquilidad, dominando la situación, el médico se dirigió hasta la ventana que daba a la parte delantera de la vivienda.

»—¡Parecé que nadie los ha seguido! —musitó, aliviado.

»A continuación, corrió visillos y cortinas. Rogó a mi socio que saliera a la calle y que escondiera el auto en el barracón, detrás de la casa. Le pidió a su esposa que calmara y acostara al niño, que no había parado de llorar, y que preparase el instrumental. La mujer trajo un maletín, en cuyo interior había todo lo necesario para una intervención quirúrgica de urgencia. El médico se dirigió a Max, tratando de calmarlo, le indicó que estaban en buenas manos, pues su mujer era enfermera diplomada y sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

»Ante tanta seguridad, Max liberó toda la tensión acumulada, comenzando a gemir de dolor. El médico le preguntó qué le sucedía. Max le contestó que una bala le había rozado el brazo.

»—Pues vaya quitándose la pilcha. Cuando pueda, miraré su herida; ahora es su amigo quién más nos necesita. No quisiera que perdiera la vida dentro de mi casa. Como ve, tengo un pibe, y quiero verlo salir dentro de veinte años por la puerta de la facultad de Medicina, con el título de doctor bajo el brazo. ¡Ah!, por supuesto, mis servicios le costarán una guita. Lógicamente, nadie sabrá qué ha ocurrido acá esta noche. Si las Autoridades se enteran que no he dado cuenta a la policía de su visita... sabé que me juego mi profesión, y, tal vez, la cárcel.